

ANUARIO INTERNACIONAL CIDOB 2009

CLAVES PARA INTERPRETAR LA POLÍTICA EXTERIOR ESPAÑOLA Y LAS RELACIONES INTERNACIONALES EN 2008

El desafío de Europa, analogías peligrosas

Ivan Krastev

El desafío de Europa, analogías peligrosas

Ivan Krastev,
Director del Centre for Liberal Strategies de Sofía

“Analogía: Comparación entre cosas esencialmente o genéricamente diferentes, pero asombrosamente parecidas en uno o más aspectos pertinentes”

Definición del *Diccionario Webster*

“¿Estáis ciegos o qué? ¿Acaso no veis que la Unión Europea acabará del mismo modo que acabó la Yugoslavia de *Tito*?” Por lo general, las personas que hacen esta pregunta son ex-yugoslavos de clase media, de mediana edad, inteligentes y traumatizados que viven en la Unión Europea. Estos agoreros no están profetizando el estallido de una guerra sangrienta al estilo balcánico, ni odian a la Unión Europea, pero dicen lo que dicen impelidos por unas alarmantes analogías. Durante sus noches de insomnio, sus traumatizadas mentes han producido una larga lista de perturbadoras similitudes entre los factores, sentimientos y actores que llevaron al colapso de Yugoslavia, y algunas de las tendencias que perciben en la UE actual. Su lista de analogías peligrosas tiene diferentes versiones, pero las partes esenciales son siempre las mismas. La Yugoslavia de *Tito* se rompió por falta de solidaridad. Las repúblicas ricas –Eslovenia y Croacia– ya no estaban interesadas en costear el desarrollo de Kosovo o Macedonia. La UE actual también está amenazada por un déficit de solidaridad. Las regiones y los estados más ricos de la UE están cada vez menos dispuestos a repartir su dinero con los más pobres, y los estados miembros de la vieja Europa se están volviendo cada vez más hostiles y suspicaces con los recién llegados.

Yugoslavia se desmoronó porque sus élites políticas e intelectuales subestimaron el poder de los sentimientos nacionales y consiguieron engañarse convenciéndose a sí mismos de que el nacionalismo étnico era algo del pasado. Las élites de la UE están cometiendo el mismo error. Les gusta hablar de la identidad europea y del multiculturalismo cuando la Europa de hoy asiste a un ascenso del nacionalismo y la xenofobia. El temor a los inmigrantes ha llevado al poder a varios gobiernos de Europa, que practican abiertamente la intolerancia y que viven en un mundo de “nosotros contra ellos”. Los autores de esa lista de analogías están ansiosos por destacar que la UE actual, igual que le ocurrió a la Yugoslavia de *Tito*, ha perdido sus puntos de referencia, y que ahora, cuando la generación de los padres fundadores ha pasado a mejor vida, las nuevas generaciones han olvidado cuál era el objetivo de la UE. El debate acerca de la UE en muchos estados miembros se centra mucho más en lo que pierden por pertenecer a la Unión que en lo que ganan estando en ella. Exactamente igual que en la Yugoslavia de los años ochenta. El centro federal –Bruselas hoy, Belgrado entonces– se ha convertido en el enemigo preferido de los políticos nacionales oportunistas. Los referéndums celebrados en Francia y Holanda convencieron a los autores de la lista de la validez de sus temores. Las personas que formulan la pregunta del “¿Estáis ciegos o qué?” no creen que la prosperidad o la democracia sean suficientes para mantener unida a la Unión. La prosperidad probablemente se terminará algún día, y en sus atribulados recuerdos el proceso de democratización dio el poder al pueblo, y el resultado fue que el pueblo destruyó el país en el que vivía. Lo que siguió al voto popular fue el combate popular.

No es nada sorprendente que quienes vivieron esta experiencia traumática tiendan a ser extremados en sus opiniones y en sus temores. Lo que hace a los supervivientes del desmoronamiento de Yugoslavia tan diferentes de los ciudadanos normales y corrientes de la UE, ¿no es acaso su recién descubierto conocimiento de la fragilidad de las cosas con la que vivimos? “Todo era para siempre, hasta que dejó de ser” podría ser el título de la memoria colectiva de una generación. Los ciudadanos y las élites de los nuevos estados miembros de la UE conocen este extraño sentimiento que uno tiene cuando algo que parecía estable e inmutable se hunde de la noche a la mañana.

En realidad, las analogías entre la Unión Europea y la Yugoslavia de *Tito* son sorprendentes pero también engañosas. La Yugoslavia de *Tito*, al fin y al cabo, era una dictadura comunista, y su desmoronamiento estaba profundamente arraigado en la naturaleza de su régimen político. No es un accidente que ninguna de las federaciones comunistas –la Unión Soviética, Checoslovaquia– haya sobrevivido. La Liga de los Comunistas Yugoslavos, el ejército yugoslavo y Josip Broz *Tito* eran probablemente las únicas cosas auténticamente yugoslavas de Yugoslavia. Por ello, com-

parar la “dictadura pragmática” de *Tito* con la UE democrática es un punto de partida falso. Yugoslavia fue un fracaso económico y la UE es un éxito económico. Yugoslavia era, como mucho, un país de tamaño mediano en la periferia de Europa; y la UE es un proyecto a escala continental. La falta de democracia y no simplemente un “déficit democrático” fue el elemento definitorio del proyecto de *Tito*. La Yugoslavia de *Tito* era un régimen carismático que no supo encontrar un nuevo modelo de existencia después de la muerte de su fundador. Después de la muerte del mariscal *Tito* el país entró en un estado de crisis permanente.

Todo esto es cierto, pero sostener que Yugoslavia estaba condenada a morir desde los primeros tiempos o que no había lugar para una Yugoslavia democrática no tiene más sentido que afirmar que su creación era inevitable, al modo de la historiografía *titoísta* de posguerra. La Yugoslavia de *Tito* se hundió, no porque estuviera metafísicamente condenada, sino porque no hubo suficientes actores políticos que fueran pro-yugoslavos y pro-democráticos al mismo tiempo. Yugoslavia fracasó porque sus líderes no supieron percibir de nuevo el mundo en que vivían y (re)imaginar cómo podía ser una Yugoslavia post-*Tito*.

Dar a Yugoslavia por sentado resultó ser el más trágico error cometido por aquellos que estaban obsesionados por su supervivencia.

Así pues, cuando unos traumatizados ex-yugoslavos comparan consciente o inconscientemente su experiencia presente en la UE con su experiencia en la ya fenecida federación de *Tito* tienen una razón que a muchos de nosotros se nos escapa.

La razón es que la Unión Europea no debería darse por descontada y que algunos de los factores externos que contribuyeron a la desintegración de Yugoslavia desempeñarán un papel en la configuración del destino de la Unión Europea durante la próxima década. De la misma forma que Yugoslavia fue profundamente desestabilizada por el final de la Guerra Fría, y de la misma forma que se vio deslegitimada por la súbita muerte del socialismo, de esa misma forma la UE se verá sacudida por el colapso del mundo posterior a la Guerra Fría y por la crisis del liberalismo y el cambio en las modas ideológicas internacionales.

El nuevo Viejo Mundo

La afirmación de que el final del statu quo de la Guerra Fría fue uno de los principales factores que contribuyeron a la disolución de Yugoslavia no deja de ser, en última instancia, una trivialidad. También es verdad. La primera Yugoslavia —la creada en 1918— fue

un invento de las Grandes Potencias, pero la segunda Yugoslavia de *Tito* fue sostenida por las superpotencias de la Guerra Fría. La explicación más breve de por qué era impensable durante los años setenta que Yugoslavia pudiera desmoronarse, era que la Unión Soviética y Estados Unidos no iban a permitir que ello sucediera. La “vía nacional al comunismo” de *Tito* era útil tanto para Moscú como para Washington. Y esto permitió a *Tito* conseguir préstamos de los imperialistas y ser al mismo tiempo uno de los líderes de la lucha contra el imperialismo. La Yugoslavia de *Tito* fue el crítico principal y el principal beneficiario del statu quo de la Guerra Fría. Fue en Belgrado en 1961 donde se fundó el Movimiento de los No Alineados, y fue *Tito* quien declaró: “No queremos depender de nadie. No queremos ser moneda de cambio. No queremos vernos implicados en ninguna política de esferas de influencia”. Hoy resulta fácil olvidar lo popular que fue la Yugoslavia de *Tito* durante los días de la confrontación entre las superpotencias. Pero cuando la Guerra Fría llegó a su fin, Yugoslavia fue víctima de su irrelevancia política.

¿Es la de la “irrelevancia” una preocupación legítima en el caso de la UE? El año pasado, la economía europea fue la mayor economía individual del mundo, contradiciendo de este modo a quienes tan sólo unos años antes estaban dispuestos a considerar que el modelo económico europeo era un modelo poco eficiente y sin futuro. El euro está en vías de convertirse en la divisa mundial. Varias compañías europeas que durante los años noventa eran a menudo criticadas por su falta de dinamismo tienen en estos momentos una actuación mucho mejor que la de sus equivalentes norteamericanos. La afirmación de que el estado del bienestar europeo es perjudicial para la economía ha resultado ser un mito. En pocas palabras, Europa lo está haciendo bien, y, lo que no es menos importante, la UE es bien valorada por el resto del mundo. Según las encuestas, la UE es la potencia más admirada del planeta. ¿Por qué, pues, debería la UE preocuparse por los cambios que se están produciendo en el contexto geopolítico? ¿Acaso no está en condiciones la UE de convertirse en el principal beneficiario del próximo cambio geopolítico?

En realidad, la UE tiene razones para preocuparse. La Unión Europea fue uno de los mayores beneficiarios del orden mundial posterior a la Guerra Fría dominado por Estados Unidos. A pesar de que Europa ha sido en estos últimos años uno de los críticos más severos de la actitud unipolar de los norteamericanos, el mundo americano se ha mostrado en realidad bastante hospitalario con el proyecto europeo. Gracias a la hegemonía global de Estados Unidos, la UE pudo emerger de gorra en la escena mundial como una superpotencia independiente. La hegemonía global norteamericana permitió a la UE ser una superpotencia sin necesidad de ser un actor tipo nación-Estado. Fue la hegemonía global de Washington lo que permitió a la UE proceder a su ampliación y concentrarse en su arquitectura insti-

“La UE nunca se ha mostrado muy entusiasmada con la geopolítica, pero tiene mucho que ganar con un mundo geoeconómico”

tucional interna. El paraguas protector norteamericano permitió a la UE convertirse en una potencia global sin tener que convertirse necesariamente en una auténtica potencia militar. La hegemonía global norteamericana que convirtió el mundo en una competencia entre compañías y no entre estados se adecuaba perfectamente a los intereses europeos. La UE nunca se ha mostrado muy entusiasmada con la geopolítica, pero tiene mucho que ganar con un mundo geoeconómico.

Ahora parece que todo esto tenga que cambiar. La hegemonía americana ha terminado y Europa tendrá que hacer frente a un mundo nuevo y menos hospitalario. “El mundo vuelve a ser normal. La lucha por conseguir estatus e influencia en el mundo vuelve a ser una de las características centrales de la escena internacional”. El resultado es que hay dos maneras de salir del siglo XX —una hacia una UE del siglo XXI, y la otra hacia lo que fue el siglo XIX. En el nuevo mundo post-americano la escena mundial estará muy probablemente dominada por una serie de potencias tradicionales de mentalidad decimonónica que fundamentalmente difieren en sus supuestos del consenso que rige en Bruselas. Fue Kishore Mahbubani, el más famoso profeta del “siglo asiático”, quien emitió el veredicto según el cual “Europa no puede seguir siendo una especie de Suiza gigante. Los suizos pueden sentirse seguros porque están rodeados por Europa”. Europa no está rodeada por Europa. Los ciudadanos de la UE, en cambio, viven en el interior de una burbuja de seguridad pero cada día sienten una mayor inseguridad psicológica respecto al futuro. Según las encuestas de opinión, la mayoría de europeos, igual que los americanos y a diferencia de los chinos, encaran con temor el futuro. El temor europeo por el futuro es la mejor manifestación del estado general de incertidumbre por lo que respecta a la relevancia de la UE en la escena global.

La paradoja relativa a la posición de la UE en el mundo se debe a que es a la vez un gigante y un enano. Siendo como es la UE una formación política post-moderna, no puede más que salir perdiendo en un mundo en el que la rivalidad entre las grandes potencias determinará la agenda global. La UE se verá forzada a desarrollar las cualidades propias de un estado individual, introduciendo un ejército europeo y un servicio de exteriores, o las tensiones entre los estados miembros aumentarán de intensidad. Actualmente, la UE goza de un excedente de popularidad y sufre un déficit de poder. Pero los sentimientos de la opinión pública europea hacen que la perspectiva de una Europa más federalista sea altamente improbable. Desde su ampliación a 27 estados miembros ha dejado de ser realista considerar a la UE como un estado federal en construcción. La retórica federalista sigue viva en determinados lugares de Europa, pero el sueño federalista ha sido abandonado. El reto al que tiene que hacer frente la UE es el de cómo ser poderosa y relevante en un mundo de mentalidad decimonónica sin alterar su actual forma constitucional. ¿No producirá

este “retorno del siglo XIX” una (re)nacionalización de la política exterior de los grandes estados miembros?, y, ¿son suficientemente grandes estos estados para reclamar un papel global? En pocas palabras: el declive del poder americano y el colapso de la hegemonía americana —independientemente de cómo se valoren— constituyen más un riesgo que una oportunidad para el proyecto europeo.

El cambio de moda ideológico

El cambio en el statu quo geopolítico no es el único cambio que amenaza al proyecto europeo. En realidad, el cambio del contexto geopolítico va acompañado de un importante cambio ideológico que afectará a la UE y a sus relaciones con el resto del mundo. Aquí, las comparaciones con Yugoslavia pueden ser instructivas. Durante casi tres décadas, la Yugoslavia de *Tito* funcionó en el mundo de las ideas como una especie de encarnación de la teoría a la moda de la convergencia entre comunismo y capitalismo. El imperio de *Tito* es un buen modelo representativo de la mentalidad reformista de los comunistas del bloque del Este, y de la esperanza en la existencia de una mentalidad pro-distensión entre los anticomunistas del bloque occidental. Pero la versión de *Tito* de la “tercera vía” perdió su atractivo en la estela de 1989. De la noche a la mañana, Yugoslavia dejó de estar de moda. La revolución de terciopelo de 1989 y su mensaje anticomunista convirtió en irrelevante el intento yugoslavo de representar una versión humanizada del socialismo de Estado, un socialismo basado en la autogestión y en la solidaridad con el Tercer Mundo. Los ciudadanos y las élites políticas de Yugoslavia dejaron de creer que se encontraban en el bando progresivo de la historia y que el mundo se estaba moviendo en esa dirección. Las élites yugoslavas pasaron a considerar otras ideas en busca de inspiración.

La UE difícilmente puede verse afectada por el cambio de modas políticas. Durante la última década, la opinión pública europea asumió que la globalización es un sinónimo del declive de la nación-Estado y del nacionalismo como fuerza política. La UE sintió la tentación de interpretar su propia experiencia de superación del nacionalismo étnico y las religiones políticas como si se tratase de una tendencia universal. El “fin de la historia” fue un eslogan americano y una realidad europea durante la década de los noventa. Como dice Mark Leonard en su libro *Why Europe will run 21 century* “Por qué Europa dirigirá el siglo XXI”, “Europa constituye una síntesis de la energía y la libertad que aporta el liberalismo, y de la estabilidad y el bienestar que aporta la socialdemocracia. A medida que el mundo se vaya haciendo cada vez más rico y consiga satisfacer necesidades básicas como el hambre y la asistencia sanitaria, la forma de vida europea se volverá irresistible”. Pero lo que hasta ayer mismo parecía universal en la

experiencia europea, hoy empieza a parecer excepcional. Basta fijarse en China, India y la Federación Rusa para darse cuenta de que tanto el nacionalismo étnico como la religión están volviendo a configurar la política global. El secularismo y el post-nacionalismo post-modernos están haciendo a Europa diferente del resto del mundo. El nacionalismo y la religión vuelven a estar presentes como importantes motores ideológicos. El mundo se está volviendo más capitalista, pero esto no significa necesariamente más democrático. China y la Federación Rusa empiezan a ser vistas como alternativas al modelo de capitalismo democrático. No es difícil predecir que durante el próximo ciclo ideológico el liberalismo se batirá en retirada. El ascenso del nacionalismo étnico y el regreso de la religión no solamente están cada vez más presentes en el mundo no-europeo; están cada vez más presentes en el interior de la propia Europa. Bruselas como capital de la UE es muy diferente en espíritu de Bruselas como capital de Bélgica. La Bruselas de la UE está enamorada de la diversidad y del multiculturalismo, mientras que la Bruselas belga está asistiendo a un ascenso de la política simbólica y del fantasma de la partición por motivos étnicos.

“El declive del poder americano y el colapso de su hegemonía constituyen más un riesgo que una oportunidad para el proyecto europeo”

En síntesis, el proyecto europeo puede estar en peligro a consecuencia de una lectura errónea de su propia historia. La Unión Europea actual es al mismo tiempo el resultado de la derrota y del triunfo del nacionalismo étnico. Basta con releer la espléndida historia de Europa de Tony Judt,

no por casualidad titulada *Postwar: an European history from 1945*, [“Posguerra. Una historia de Europa desde 1945”] para darse cuenta de que fue la destrucción y el trauma originados por la Segunda Guerra Mundial lo que enseñó a los europeos a odiar al nacionalismo, pero también que fue la “limpieza étnica” en la forma de “transferencias étnicas” que siguieron a la guerra lo que hizo que los estados europeos fueran lo suficientemente homogéneos como para tolerar la diversidad.

La mayoría de las personas que han crecido en Europa Occidental durante la Guerra Fría se han empapado consciente o inconscientemente de una interpretación *whig* [“liberal”] de la historia europea. La historia europea desde 1945 les ha sido contada como la historia de un progreso hacia una prosperidad cada vez mayor, una mayor libertad y una UE más federal. Los europeos de la Europa del Este se dieron por más que satisfechos con esta versión de la historia. Pero la nueva realidad geopolítica e ideológica a la que la UE puede tener que hacer frente durante la próxima década convertirá en problemáticos todos estos supuestos. Lo que las peligrosas analogías entre la UE y la Yugoslavia de *Tito* demuestran es que hay dos grandes riesgos a los que tiene que hacer frente la UE en este momento de su historia. Uno de ellos es el de dar por sentado el hecho de la existencia de la UE y no saber ver el cambio cuando llegue. El segundo riesgo es el de quedarse paralizado por el impacto del cambio y perder la confianza en el propio modelo. La Yugoslavia de *Tito* no superó ninguna de estas dos pruebas. Confíemos en que la UE obtenga unos resultados mucho mejores.